

## **II.c. El deporte contemporáneo frente a las ciencias del hombre**

CAGIGAL, J. M<sup>a</sup>. (1983), conferencia:

“I Simposio Nacional: El Deporte En La Sociedad Española Contemporánea”

Este trabajo podría haber sido titulado “Las ciencias del hombre ante el deporte contemporáneo”; es decir, a las ciencias del hombre les toca afrontar el fenómeno humano y social. Sin embargo he preferido darle el título presente porque aquí se va a hablar más de deporte que de ciencia. Naturalmente ambos van a ser confrontados. Pero el fenómeno que se estudia es el deporte, no la ciencia. Sólo que aquí se afronta el deporte en cuanto objeto de ciencia, o en cuanto sujeto de carácter universal que las ciencias del hombre empiezan medianamente a estudiar, y que debe seguir estudiándose con el máximo rigor.

“Ciencias del hombre” es una expresión que ya está inventada, y con indudable acierto. En Madrid mismo existe un prestigioso “Instituto de Ciencias del hombre”.

No se trata de iniciar un análisis, dentro del campo de la teoría de las ciencias, acerca de lo acertado de esta expresión, acerca de sus relaciones (de todo a parte, de área a área) con la psicología, antropología, etología, sociología, etc. Existen numerosas clasificaciones de las ciencias, y diversas clasificaciones, a su vez, de la teoría de las ciencias o de la filosofía de las ciencias. Una de las más clásicas es la dicotomía: “Ciencias de la naturaleza-Ciencias sociales (o del hombre). Otra, de larga vigencia, “ciencias naturales, ciencias biológicas, ciencias sociales (o humanas)”. Los progresos de arietes científicos, como la biología molecular, rompen los esquemas; y se buscan razones para nuevas clasificaciones o para reactualizar las antiguas. La filosofía de la ciencia cobra nueva significación con el avance y subdivisión de las ciencias. No en vano la principal revalorización de la filosofía en la primera mitad del siglo XX fue la epistemológica, de la cual la filosofía de la ciencia es parte sustancial. No quiere esto decir que la epistemología sea en absoluto la cumbre de la filosofía. Sigue ocupando esta egregia especificidad la metafísica, con su núcleo ontológico. Pero la epistemología en una época de deslumbramientos científicos ha sido el hallazgo de la gran razón filosófica precisamente por parte de los más grandes científicos. Los científicos verdaderamente pensadores han hecho teoría de la ciencia. Las clasificaciones de esta época no es el tema más importante, pero a veces se hace imprescindible. De todas formas, como expresa Rudner, “no hay que tomarse muy en serio semejantes clasificaciones con sus correspondientes subdisciplinas de subdisciplinas de la epistemología; solamente un taxonomista obseso se lo tomaría en serio” (1980).

Aquí vamos a entender “ciencias del hombre” en el sentido amplio con que a veces se usa “ciencias sociales”. Pero para no otorgar a la sociología estricta el papel predominante que con frecuencia asume en este área nominada ciencias sociales, prefiero acogerme a la expresión mayormente comprensiva de “ciencias del hombre”. Naturalmente, entran en ella todas las ciencias que abordan tema humano. Pero como las

ciencias biológicas, o ciencias de entronque biológico, constituye tradicionalmente un corpus sólido y definido, en la expresión “ciencias del hombre” se señalan todas aquellas áreas que estudian al hombre con excepción de las biológicas. Este ancho espectro acoge las ciencias de la conducta (psicología, etc.), las ciencias sociales (sociología, economía, etc.), las ciencias antropológicas, etnología, etología, incluso la filosofía (aunque ésta sea tronco intelectual de todas), y tiene mucho que aceptar de la ciencia jurídica, de la historia, arqueología, paleontología, etc.

Nunca son recomendables las escisiones rígidas. Toda conducta humana y social es vida; por consiguiente la ciencia biológica es fuente gnoseológica de toda esta realidad. La incidencia fundamental que en el hacer humano tienen esta realidad. La incidencia fundamental que en el hacer humano tienen todos los factores biológicos, genéticos, biomoleculares, reclaman el recurso constante a los respectivos supuestos científicos. La ciencia, que por su desarrollo y profundidad se ha visto obligada a la especialización, descubre a la vez la estrecha interrelación de las distintas áreas. Los planteamientos interdisciplinarios se hacen cada vez más imprescindibles. Algo en este sentido viene a sugerir la expresión “ciencias del hombre”. Claro que con estas globalizaciones se corre el riesgo de incurrir en heterodoxias metodológicas; cada subdisciplina se caracteriza por introducir métodos distintos y precisos. Pero la visión pluric científica complementa esta atomización y salva a la ciencia humana de su deshumanización.

### **Un objeto peculiar y atípico**

El deporte es un tipo de conducta humana y de realidad social tan curioso que cualquier estudio serio que sobre él quiere plantearse se topa con el primer gran problema de cómo abordarlo. Por ejemplo, en psicología ¿sirven los métodos de estudio de otras áreas de la conducta? Algunos, sí. Pero, muchas veces, la actitud deportiva (la actitud del practicante del deporte o del espectador apasionado) se sale de los esquemas conocidos y válidos en otras situaciones de conducta. En alguna manera, la psicología del deporte (psicología deportiva) no significa una aplicación más de los métodos exploratorios de conducta usados en psicología, sino que obliga a inaugurar nuevos procedimientos. Algo parecido podría decirse de los estudios sociológicos cuando éstos pretenden ser algo más que pura sociología analítica o descriptiva. En cuanto se intenta acceder a una interpretación humana, realmente comprensiva de la conducta en tanto que producto de la persona y de la sociedad, el hecho deportivo se escapa; es escurridizo, como una anguila.

La persona que hace deporte origina un hecho singular, supone una actitud que rebasa los esquemas tradicionalmente establecidos por la psicología. Esta ha estudiado el juego. Como tal, toca uno de los aspectos originales del deporte; pero al aparecer la actitud agonística, la psicología se encuentra desabastecida; sobre todo cuando se fusiona en el agonismo lúdico realizado con esfuerzo físico. Tal es en síntesis el atleta. La psicología, muy recientemente aparecen atisbos de originalidad científica.

En el ámbito social sucede algo parecido. La sociología analítica y cuantitativa sirve para desentrañar en alguna manera el hecho deportivo. Los métodos al uso pueden ser directamente aplicables. Pero el problema aparece cuando esta ciencia social intenta explicar, y se agiganta cuando intenta comprender. La sociedad deportiva, la macrosociedad en la que se amalgaman clubs, jugadores, jueces, directivos, funcionarios,

seguidores, informadores, hinchas, oportunistas, buscones, en la que puján por triunfar la vanidad y el mercantilismo, a la que recurren para liberarse o para alienarse los cuerpos y las almas cansinas del hastío laboral, los acomplejados por la frustración de la semana rutinaria o de la aplastante rueda burocrática, ¿qué tipo de sociedad es? ¿quién le ha hincado el diente y le ha exprimido su verdadero sabor? Es una sociedad formada por las mismas personas que constituyen la otra macrosociedad ordinaria, pero es una sociedad netamente distinta. Yo me atreví a denominarla “sociedad alternativa”. Pero es insuficiente. Hay que llegar a la descripción específica de esa alternancia; a definir el color, olor y sabor que la constituyen. La sociología se halla aún impotente para emitir estos dictámenes. Hay que hacer recurso a otras ciencias, la antropología, la psicología en sus múltiples ramas, la etología, hay que rastrear en la historia, hasta en la paleoantropología, incluso hay que apelar a la filosofía.

La específica conducta deportiva, la sociedad estructurada por el deporte, la especiales condiciones higiénicas, funcionales, que se adquieren con la práctica del deporte, la formación de una especie de derecho público “sui generis” surgido de la singular normativa del deporte y su legalización, paralelo y distinto al derecho ordinario, etc., y la interrelación que se da entre todas estas áreas, necesaria cada una para poder entender a las demás, ¿no hacen acaso apelación a una visión y tratamiento científico global y específico?

Hubo una polémica importante, iniciada hace más de cuarenta años, que algunos sin haber profundizado en ella tildaron de narcisismo académico, acerca de la terminología y carácter de esta ciencia o ciencias que estudiaban el deporte. Tuvo amplio y asombrosa repercusión en el área cultural germánica, y participaron en ella hombres eminentes como Carl Diem, E. H. Altmann, K. Stranai, J. Amslar, K. Rijdsdorp, Caulhofer, J. M. Schmitz.

Aún no ha terminado y seguirá por mucho tiempo. En ella se debatía si la ciencia de los ejercicios físico-deportivos podría ser considerada como ciencia autónoma o era simplemente la suma de aplicaciones científicas de las diversas ciencias. Carl Diem aplicó la denominación de “ciencia transversal”. “La ciencia del deporte -dice- es simplemente la ciencia del hombre en movimiento”. No es una ciencia que registra los conocimientos y los logros deportivos sino una parte del esfuerzo humano encaminada a perfeccionar, por medio de la ciencia, la naturaleza del hombre, sus objetivos en el mundo y las obligaciones dimanantes de su misión. La ciencia del deporte es en gran parte ciencia de la educación, que roza ampliamente, partiendo del fenómeno juego, muchas otras disciplinas: filosofía, psicología, medicina, historia de la cultura, etnología, sociología, etc. Al igual que en otras partes, también aquí aparece la necesidad de una síntesis; ella es “la ciencia del deporte”.

Esta polémica ha significado la primera discusión seria sobre la posible identidad científica de este mundo señalado con las expresiones fluctuantes y más o menos sinónimas de cultura física, cultura deportiva, deporte, educación física, etc.

El tema resulta apasionante para los profesionales que se plantean en serio los porqués de su actividad, y en general para todo el que desea conocer razones de la conducta físico-deportiva. Pero rebasa por su especialización el asunto planteado aquí, aunque esté muy directamente relacionado con él.

Estas grandes realidades antropológicas requieren estudios interdisciplinarios, no solamente la acumulación de estudios parciales provenientes de las distintas áreas científicas, aunque sigan siendo también útiles.

### **Desarrollo hasta unos nuevos supuestos**

El deporte, y lo que tan cerca le atañe, parcialmente coincidente, como es la educación física (hay interesantes propuestas desde diversas instancias internacionales para englobar el conglomerado de conductas, organizaciones, movimientos, sistemas que componen la educación física y el deporte como “cultura física” (1)) reclamaron desde hace tiempo el apoyo científico y cultural. Sólo existía una sólida tradición en el campo de la pedagogía, que alargaba su raíz hasta los filántropos y pedagogos del s. XVIII, y aún más, hasta los literatos educadores del renacimiento, la cual estableció una línea propia de estudio y de acción educativa, línea de la que surgieron las grandes escuelas gimnásticas del XIX, y las directrices de la educación física del XX. Este gran movimiento realizó tarea original, y contribuyó a su vez grandemente a la renovación de sistemas educativos. No se olvide el gran papel que jugó Rousseau, filósofo, historiador, pedagogo, literato, hombre precisamente pluridisciplinar (yo diría más bien supra-disciplinar). Naturalmente, el deporte en cuanto a actividad física estaba englobado en este quehacer; pero el resto del deporte, en cuanto realidad sociopopular, a excepción del paralelo ensayo británico de los “colleges”, quedaba al margen de este movimiento pedagógico.

Pero por otras razones, geopolíticas, económicas y culturales, el deporte se desarrolla como marea gigantesca a finales del XIX y principalmente a lo largo del XX; atrae a todos los estamentos sociales; es descubierto por los comerciantes que lo explotan, por los políticos que lo exhiben, lo miman y lo corrompen; se multiplica en mil formas, en variadísimas realidades sociales; y no es capaz de originar en su propio seno un movimiento serio de estudio crítico con el que orientarse. Algunos responsables, una minoría, generalmente adscrita a instituciones académicas, reclama la atención de los científicos, y comienzan a establecerse contactos y contratos. Estudiosos principalmente de las ramas biológicas empiezan a hacer aplicación al deporte, principalmente en su organizada vertiente competitiva. Avanzado el siglo XX, se perfila y organiza la medicina deportiva, centrada en sus comienzos en la traumatología, posteriormente ensanchada a la cardiología y aparato respiratorio y finalmente aplicada a casi todas las especialidades medicinales. De la medicina brotan la biomecánica, la psicología deportiva; pero, con algunas excepciones, esto no llega hasta la década de los sesenta. Hacia la misma época se decantan en organizaciones internacionales otros movimientos científicos y culturales alrededor del deporte: sociología, historia, derecho, etc. Hasta 1973 no se crea la “Sociedad internacional para el estudio filosófico del deporte”.

Estos movimientos estaban inspirados principalmente por especialistas ya dedicados al tema en sus países en las facultades o institutos de educación física o de ciencia del deporte. Una institución que propició este progreso fue el Consejo Internacional de educación física y deportes de la UNESCO, organización profesional no gubernamental, preocupada principalmente por el estudio científico y cultural del deporte (a partir de 1983 ha pasado a denominarse “Consejo Internacional de ciencias del deporte y de la educación física). Fue fundado en 1959. Como se ve estamos alcanzando las

modestísimas bodas de plata de la primera organización internacional con preocupación científico deportiva, en medio de un suceso cuyo desarrollo y explosión internacional se adelantaba a nuestro siglo.

La pedagogía, como se ha apuntado anteriormente, era una excepción. En 1923 se había fundado la primera organización verdaderamente internacional de educación física, la entonces denominada “Federación Internacional de Gimnasia de Ling”, que pasaría luego a ser “Federación Internacional de Educación Física” (FIEF). Pero era una organización estrictamente dedicada a la educación física y nutrida en su mayor parte por profesionales específicos de esta materia, entonces muy marcados por la tradición gimnástica. Caracterizó a estos profesionales, en alguna manera, su alejamiento del deporte como gran hecho social, incluso su reprobación, por el cariz competitivo y comercial, poco educativo, que con el sensacionalismo estaba adquiriendo.

Los movimientos científicos y culturales que se consolidan hacia la década de los 60 se habían nutrido inicialmente de alguna personalidad eminente o núcleo de trabajo que desde su campo, con la respectiva metodología y tradición científica, aplicaba su investigación al deporte. Tal, por ejemplo, el caso de la psicología deportiva, que en 1965 realiza en Roma su primer Congreso Internacional, aglutinado por F. Antonelli. Para tal acontecimiento J. Recla y M. Olsen prepararon una bibliografía que comprendía cada 2.000 trabajos en psicología del deporte, de desigual nivel científico, pero que mostraba un movimiento nada despreciable que pronto iba a conocer notable expansión. Es curioso que este congreso estuvo convocado por la Federación Italiana de Medicina Deportiva, que ya era miembro de la correspondiente internacional. Con ocasión de este congreso se creaba la Sociedad Internacional de Psicología del deporte. Con poca diferencia de fechas, 1966, se convocaba, también en Roma, el I Congreso Internacional de Biomecánica. En 1966 también se funda, con ocasión de un simposio sobre dinámica de grupo deportivo convocado en Colonia por G. Lüschen, la Asociación Internacional de Sociología del deporte con el polaco A. Wohl, como presidente y el propio Lüschen como secretario general. En 1967 se constituye en Praga, en el seno del Comité Internacional de Historia del Deporte, con el checo Knafky como presidente. Como se trata simplemente de llamar la atención acerca del periodo de mayor institucionalización internacional de los movimientos científico-deportivos, se puede cesar la enumeración, pues tampoco se trata de una información exhaustiva.

La vida de éstas y otras semejantes organizaciones es más o menos brillante. Lo sustantivo es que, sobre todo a partir de esa época, se han potenciado a escala internacional los numerosos estudios científicos que en unas u otras universidades ya existían, y se ha tomado conciencia de la magnitud del tema.

Sin embargo todos estos movimientos están más o menos encerrados en el aislamiento a que obligan los métodos de cada rama. Los psicólogos deportivos son tributarios de la ciencia psicológica vigente, condicionados por los métodos e instrumentos establecidos. Sólo últimamente están apareciendo ensayos originales, demandados desde la propia realidad de la conducta deportiva, que acercan al psicólogo de otra área de la conducta. Investigaciones psicológicas, sociológicas, antropológicas, etnológicas, geográficas, sobre la agresividad en el deporte exigen la atención exploratoria de este fenómeno con la coordinación, o mejor, con la compenetración de

estas diversas ciencias. Los estudios sobre el tiempo de reacción en el deporte hechos por el psicólogo catalán Roca nos apuntan más hacia una ciencia del movimiento que hacia una psicología aplicada al movimiento. La dinámica de grupo en los deportes de equipo aprovecha la tradición de la sociología enfocada al pequeño grupo; pero cada vez se encuentra más necesariamente emparentada e implicada en las investigaciones de la conducta deportiva en competición, propias de la psicología deportiva.

Se requiere una psicología original, cuyos métodos de estudio se originen en la misma conducta deportiva como tal.

A otros niveles, en el desarrollo macrosocial del deporte surgen con velocidad inusitada nuevas formas de expansión y ordenación deportiva, nuevas organizaciones e incluso estructuras que hacen envejecer los métodos e instrumentos de estudio usados anteriormente.

Un ejemplo: el órgano, no solo producto de espontánea asociación, sino entidad vertebral del deporte a lo largo del siglo XX en la mayor parte de países, ha sido la federación deportiva. Establecidas y codificadas las formas del nuevo deporte moderno, al estilo británico del XIX, la estructura socio-celular del club y el sistema monodeportivo federativo son copiados y asimilados, no sólo por los países englobados en la Commonwealth, sino por lo demás. El sentido pragmático de esta organización se impone. Un movimiento original, como el Olimpismo coubertiniano, se vio obligado a contar con las bendiciones federativas, ya desde los primeros tiempos, para poder subsistir. La desmesurada transcendencia que desde el primer Congreso Olímpico de 1894 se daba al “amateurismo” no era sino una claudicación por parte de Coubertin al entendimiento en alguna manera elitista de las federaciones británicas y consecuentemente de las internacionales ya para entonces existentes (Cagigal, J. “*Oh deporte. Anatomía de un gigante*”. Ed Miñón Valladolid 1981 y Cagigal, J.).

(Las federaciones deportivas, en más de un siglo del llamado “deporte moderno”, lo han sido todo o casi todo en el deporte.)

Incidencias políticas, sociales, económicas, impactos de profunda resonancia en la vida del hombre como la nueva ciencia y la alta tecnología, crisis de valores que llegan hasta el replanteamiento del sentido de la vida, hacen que esa conducta lúdica atrayente, apasionante, que se llama deporte, adquiera especial significación en la vida. Las más ajenas instancias sociales, los poderes públicos, empiezan a tomar partido en el hecho deportivo, y éste adquiere, a partir de las últimas décadas, singular relevancia. Se ha producido una revolución en la forma de ser practicado, de ser valorado, de ser utilizado, de ser organizado el deporte. Antes, el crecimiento o decrecimiento de licencias federativas era índice válido de la expansión deportiva. Ahora son simples datos reveladores de la persistencia creciente o decreciente de la fórmula federativa en la adscripción deportiva. Datos oficiales de los últimos años ofrecen las siguientes cifras:

año	licencias federativas
1977	1.969.971
1978	1.541.881
1979	1.658.071
1980	1.765.637
1981	1.843.949
1982	1.994.899 ( ) ( )

La interpretación simplificada de estas cifras nos llevaría a concluir que la práctica del deporte en España se ha estabilizado prácticamente en los cinco últimos años (incluso contando con la desigualdad de método estadístico que se ha usado en los distintos años. Ello explica especialmente el bajón de 1977 a 1978). A lo sumo, que ha habido una progresiva, pero lenta, activación.

Nadie ignora que en los cinco últimos años estamos existiendo, no sólo a una gran expansión del deporte, sino a una singular multiplicación de maneras deportivas. El deporte, en país tradicionalmente machista como es España, ha sido descubierto hasta por el ama de casa que, en porcentaje no despreciable, se ha puesto en chandal y se ha lanzado a correr o a experimentar aeróbic. Ya se ha hecho mención anteriormente a esta asombrosa explosión deportiva, en el sentido primordial de la palabra, es decir, como expansión mediante actividad física. En las excelentes encuestas dirigidas por M. García Ferrando en 1980 ya se manifiesta claramente esta tendencia de vinculación creciente a nuevas formas deportivas (1982). Los resultados en "Opiniones sobre el deporte popular" son los siguientes:

<b>Valoración</b>	<u>%</u>
Es algo bueno y necesario	85
No es bueno ni necesario	6
No sabe/no contesta	9
<b>Carácter de su aceptación pública</b>	
Se trata de una moda	25
Ahora hay más afición al deporte	62
No sabe/no contesta	12
<b>Disposición a practicarlo si se habilitasen más lugares para ello</b>	
Sí lo practicaría	45
No lo practicaría	42
No sabe/no contesta	12 (4.493)

La opinión en un momento dado de la población española queda registrada. La significación cultural queda por explorar. Por ello procede recurrir a otras ciencias sociales e históricas, al estudio de los valores dominantes, a la evaluación psicológica del hombre contemporáneo. En la propia encuesta se inicia algo de esta exploración: ¿Se trata de una moda pasajera o de una nueva tendencia cultural de la sociedad? En opinión del hombre de hoy, no es una moda; afirma que "ahora hay más afición al deporte". Según

ello, nos inclinaríamos por la segunda opción: “refleja una tendencia cultural”; pero la opinión consciente del ciudadano no resuelve la duda; él no sabe discernir cuando está empujado por una moda o por una corriente cultural. Para aclararlo es menester recurrir a otras ciencias del hombre.

(Pero la sociología nos abastece con sobrados datos para diagnosticar, no sólo el crecimiento de práctica, sino sobre todo de nuevas formas de vivencia y organización deportiva).

Se han multiplicado las asociaciones deportivas vecinales; las organizaciones deportivas municipales en forma de patronatos, institutos, campañas, etc.; movimientos específicos, de enorme éxito popular, que potencian prácticas concretas (maratonés, semimaratonés de masiva participación, bicifiestas, patinfiestas, etc. a veces aprovechadas por oportunismo político, pero de indudable respuesta popular); multiplicación de centros del movimiento “aerobic”, aquí aprovechado por oportunismos comerciales, pero con parecido entusiasmo popular. Proliferan las organizaciones de actividades deportivas vinculadas a entidades pedagógicas (este tema es más antiguo), a sociedades recreativas, a entidades culturales diversas.

Incluso la actual legislación ha empezado ya a recoger, aunque sólo parcialmente y con bastante confusionismo, estas novísimas tendencias del deporte popular (Decreto 1697/82 sobre Agrupaciones Deportivas, y diversas resoluciones ministeriales referentes al deporte como actividades de tiempo libre).

(Esta expansión plurideportiva está afectando a las mismas federaciones deportivas. Se advierte en muchas de ellas, más que crisis de crecimiento, verdadera identidad, contestación al propio sentido y operatividad de la federación deportiva en cuanto a tal. Por ejemplo, ciertas tendencias a independizar dentro del seno federativo el deporte profesional del aficionado. Ya en el fútbol español se ha creado la “Liga Profesional”, cuyas consecuencias son difíciles de prever pero que indudablemente producirá algún cambio en la valoración que el ciudadano vaya a hacer del deporte en un futuro).

Desde el replanteamiento de lo que entienda por deporte el ciudadano actual (árida competencia conjunta del experto semántico y el sociólogo), o de la motivación que empuja a nuestro joven a practicar deporte o a gritar en el graderío (del psicólogo y el sociólogo), o de los beneficios higiénicos que produce esta práctica (del médico, psicólogo, educador y sociólogo) hasta la asunción de la promoción deportiva por los poderes públicos y legislación positiva que lo sancione (del jurista, sociólogo, político), etc., grandes novedades esperan a la puerta de cualquier investigación planteada fuera de los corsés estereotipados.

Sugiero que, como primera urgencia para hallar una mayor convergencia en los estudios de diferentes disciplinas, se afronte un análisis de carácter pluridisciplinar; de él podrá derivarse, quizá, alguna redistribución de competencias culturales y científicas.

Ya que en el presente trabajo se ha hecho alusión concreta al problema de las federaciones, uno de los temas centrales que el deporte actual tiene planteados, esbozemos en un pequeño apunte un tratamiento transcultural de este tema que, como se verá, va implicar necesariamente a otras instancias deportivas y extradeportivas (poderes públicos, factores sociales, marcos condicionantes, etc.) y va a requerir suministro de



otras áreas del conocimiento humano (antropología, psicología, etc.). El ensayo se concreta aquí a la sociedad española.

### **Ensayo crítico de una realidad deportiva**

Los elementos, diríamos substanciales, que conforman la conducta deportiva son: el juego, la actividad física, la competición. Ha habido variaciones en la preponderancia de uno u otro elemento. Pero estos tres son los que con más permanencia, en medio de la evolución histórica, han constituido la conducta deportiva.

Tanto en cuanto el hombre de una época o de una cultura necesita regresar a estas actitudes básicas de comportamiento, sobre todo si en la necesidad se incluyen las tres, se verá rebrotar o florecer lo que entendemos por conducta deportiva.

Las razones antropoculturales por las cuales el hombre de la civilización occidental, avanzado el siglo XXI, acentúa este tipo de comportamiento son bastante patentes. Recordemos los estragos que en el equilibrio humano han ido causando el sedentarismo de la vida industrializada, la masificación en la conducta laboral, la progresiva lejanía en las decisiones que atañen directamente a la vida personal debido a las macroburocracias, la carencia de homeóstasis entre tensión psíquica y desahogo físico. No es extraño que el hombre junto a otros variados recursos, busque refugio en el juego, en el esfuerzo físico gratuito, en el cual se experimenta a sí mismo como actuante, decisorio, protagonista, en la auto y hetero-confrontación, donde pueda recuperar algo del sencillo humanismo de trato directo hombre a hombre al margen de los estereotipos y roles de una tan estereotipada y jerarquizada sociedad.

El hombre occidental del siglo XX redescubre el deporte, lo necesita, lo pone de moda.

Pero para justificar el deporte de nuestro tiempo hay que pasar a otro plano y reflexionar acerca de lo que podríamos llamar “los moscones de las modas”: las apetencias golosas de un manjar succulento del que se puede sacar pingüe beneficio. Pasamos del plano antropopsicológico al sociológico. Los poderes que lo apetece son el “exhibicionismo político” y el “comercialismo”. Y tanto van a rondarlo y trajinarlo que lo van a transformar.

Ambos han descubierto en el deporte un filón. Cada uno para sus respectivas apetencias. La instancia política ha hallado en él una ocasión de prestigio: propaganda de un gestión pública. El deporte es como un espejo simplificado donde pueden reflejarse progresos populares, eficacias de gestión. Un país que exhibe campeones es un país que marcha. Esta tentación ha capturado al político, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial. El deporte a partir de ese momento pasó a ser cuestión de Estado. Pero no tanto el desarrollo de práctica deportiva para todos los ciudadanos, sino el cultivo del deporte de élite. Las estructuras organizativas se fueron acoplando con mayor o menor rapidez a estos objetivos. Todo ello ha sido intensamente favorecido por los medios de comunicación, que han llevado este lenguaje universalmente inteligible a todos los rincones. Este efecto multiplicador del deporte como imagen, como trofeo, como símbolo, no se circunscribe a las altas esferas de poderes estatales. Alcanza a otros ámbitos de poder, regional, local, institucional de cualquier orden. Un presidente de

federación territorial necesita de campeones para justificar su gestión. De esta guisa, los medios de comunicación incrementan la apetencia deportivo-exhibicionista del poder político; y el poder político incrementa el uso de los medios de comunicación para transmitir la imagen de su eficacia. A aquella necesidad de práctica deportiva que experimentaba el hombre desequilibrado de nuestra civilización se le añadió una superestructura: la imagen, potenciada desde la instancia del poder, del deporte-triunfo.

Otro tanto le sobrevino por otra vía no menos efectiva: la comercialización. El mercantilista descubrió que esa conducta llamada deportiva, de creciente atractivo, podía convertirse en fuerza productora de ganancias. Y poco a poco llegó la explotación. El caso extremo es el "profesional del deporte", expresión antitética, paradójica; pero que, pese a ello, a su interna contradicción, se multiplica en el mundo contemporáneo. Esta comercialización ha ayudado igualmente a configurar esa gigantesca superestructura que hoy, no sólo es parte importante del deporte sino que influye, condiciona, interfieren el resto de las conductas y organizaciones deportivas. Un niño de once años que juega al fútbol imita, consciente o inconscientemente, las maneras y gestos de los divos profesionales; finge lesiones, increpa al juez, repite los ritos nerviosos de las figuras cuando hace calentamiento, cuando ensaya el toque de balón. Y de las formas de la conducta corporal se pasa a las actitudes personales, familiares, grupales, ante la expectativa de posible futura carrera en el deporte. Todo ello configura una manera de vivir la simple conducta lúdico deportiva con nuevas cargas psicológicas y sociológicas, con nuevas actitudes y valoraciones.

Consecuentemente, el deporte se organiza, se desarrolla, se financia, según valoraciones presupuestarias. Los objetivos fundamentales van siendo condicionados por tantas superestructuras.

Tal es el deporte de nuestro tiempo. ¿Cómo entenderlo? ¿Cómo acogerlo? ¿Cómo encauzarlo?

Los dos niveles de fuerzas que originan e impulsan el deporte, el antropológico y el sociológico (o socio-político), no deben ser examinados independientemente, sino en su realidad viva, en su plena interacción.

El deporte es una necesidad primaria, más o menos vigente y actuante en cada individuo según sus condicionamientos genéticos, educativos y sociales, de expresión personal en forma lúdica, con afán de confrontación, de lucha, de superación; se produce mediante actividad física, esfuerzo corporal. De este primer hontanar brotan las diversas tendencias, las variadas organizaciones. Estas pueden llegar a alejarse mucho de la realidad original; pueden parecer cosa distinta. Y en este espejismo han incurrido no sólo organizadores y responsables, sino incluso pensadores notables. Sin la comprensión de aquella primera raíz antropológica de la cual brota la conducta deportiva poco se puede entender del deporte de nuestros días. Por ejemplo, para saber qué pasa en el deporte profesional, no basta con analizar las realidades organizativas, las magnitudes económicas, las cifras de participantes, socios, espectadores, el clamor informativo, las tensiones regionales y nacionales, los déficits, los conflictos, etc. Todo ello es necesario, y sin ello, sin su riguroso análisis, no se puede conocer con seriedad este macrosuceso de nuestro tiempo. Hay que acudir a los porqués psicológicos, antropológicos, incluso

filosóficos, de esta conducta humana tan sorprendente, tanto de los protagonistas como de los seguidores. Que alternativa de vida encuentran en el gran espectáculo deportivo esas masas en las que se mezclan los desamparados de la fortuna con los triunfadores, los ignorantes con los ilustrados.

Sobre aquel abismo antropológico se montan las mareas socio-históricas. En la morfología resultante del fenómeno deportivo todo tiene significación, no sólo como elementos constitutivos, sino como fuerzas interactuantes.

Para entender el deporte internacionalizado de nuestro siglo es imprescindible considerar los movimientos deportivos británicos del XIX: el estilo de aquella sociedad; el influjo político-económico que Inglaterra ejerce en el mundo; el carácter colonialista de este influjo (la extensión británica por el mundo a finales del siglo tuvo mucho acento colonial); las características sociales de la conducta y de la organización del deporte en Inglaterra. Mediante el acceso a los clubs deportivos, la burguesía acertaba distancias con la aristocracia. Este carácter, mezcla de intraclasismo e interclasismo, va a recibir a lo largo del siglo XX un vuelco hacia lo intersocial o pansocial. Los grandes movimientos socializantes del s. XX van a encontrar en el deporte un vehículo singular, ajeno a la violencia política. Quizás sea ésta una de las razones sutiles de la aceptación y universalización del deporte en los últimos cincuenta años. El deporte puede aparecer como uno de los grandes descubrimientos de la relación humana metaclásica. Habría que ver hasta que punto puede llegar a cumplir una alta función política como sustituto de la violencia política, incluso de la guerra.

Aquí se fusionarían esos dos elementos: el agonismo antropológico y la coyuntura sociohistórica de huir de la guerra a muerte (miedo creciente a las armas superdestructivas). El deporte, con su capacidad de ritualización, se puede convertir en una especie de “juicio de Dios” del siglo XX. Los prestigios nacionales, evolución en los últimos milenios de las rivalidades tribales, pueden ser confrontados y dirimidos en esa arena universalizada del juego deportivo. Empieza a dejar, por ello mismo, de ser juego. Caen sobre la cancha tensiones de todo género. El deporte, sustituto ritualizante de la guerra, empieza a belicizarse. Comienza la guerra del deporte.

Antes de que las tensiones anticentralistas de algunas regiones de España pudiesen manifestarse en abierto lenguaje político, ya lo hacían a través de equipos deportivos. En la primavera de 1975, el regionalismo, incluso el nacionalismo catalán se expresaba claramente mediante el Barça. “Montal, Catalunya ambte” aparecía escrito en grandes pancartas, junto con otras expresiones, en los partidos de liga y copa (Montal era entonces presidente del Barcelona). Ocho años más tarde, establecidos ya los cauces políticos para la plena manifestación y contraste de ideologías, el deporte-espectáculo continúa siendo vehículo de otras más sutiles formulaciones. Los presidentes Nuñez (Barça) y De Carlos (Real Madrid) no son simples individualidades enfrentados por sus características personales ni siquiera por sus intereses económicos, sino que resultan símbolos de fuerzas populares identificadas políticamente. Dígase lo mismo del Osasuna, el Athletic de Bilbao o el Celta.

Hoy los países en vía de desarrollo han descubierto en el deporte-espectáculo una gran ocasión de ingreso en una dialéctica de dimensión mundial. Por eso, más allá de la

raigambre popular que ciertos deportes folklóricos conserven y prescindiendo de la extensión y desarrollo escuálido que ciertas modalidades del deporte moderno hayan podido alcanzar en su pueblo, importan y pagan técnicos prestigiosos de otros países buscando campeones que les puedan dar prestigio.

Sucesos de grave repercusión internacional como el boicot de casi todos los países negro-africanos a los juegos Olímpicos de Montreal en 1976, o el más voluminoso boicot americano, ampliamente secundado por una cuarentena de países, a los de 1980 en Moscú como protesta por la ocupación de Afganistán, no son sino manifestaciones explícitas, indudablemente extremas, de una alta simbolización social, política, económica, que ha adquirido el deporte de nuestro tiempo. Pero esa simbolización no se circunscribe a esos grandes sucesos, sino que acompaña a la alta competición por doquier.

No se puede comprender cualquier parcela del deporte actual sin todas estas implicaciones humanas, sociales, políticas, económicas. Las dos grandes tendencias del deporte contemporáneo (el espectáculo y la simple práctica) marchan en direcciones divergentes, pero no son dinámicas sociales aisladas, sino en continua interacción. Por eso no pueden ser estudiadas independientemente.

Otro de los grandes redescubrimientos en el deporte de nuestro tiempo es su capacidad educativa. No es un hallazgo nuevo. Aparece en la historia en muy diverso tipo de culturas deportivas. Modernamente constituyó uno de los grandes haberes de los pedagogos británicos. En el siglo XX las funciones educativas del deporte salen de los centros educativos a la calle. Se descubre en la práctica deportiva una de las formas enriquecedoras de actividad ociosa. Toda la significación que en la sociedad industrializada y postindustrializada va a adquirir el ocio, revierte sobre el deporte en tanto que es una de sus modalidades más sencillas y populares. Se abren con ello inmensas perspectivas.

El deporte contemporáneo se nos ofrece como una criatura todavía joven, pero rolliza y plagada de complejidades y adherencias. Constituye, como se ha apuntado, una especie de sociedad aparte del resto de la sociedad, pero formada por las mismas personas. Una sociedad de diversión, de pasatiempo, de recambio, pero, paradójicamente, una sociedad apasionada, transcendente.

¿Y cómo han de abordar los poderes públicos su intervención en el hecho deportivo social? ¿Cómo se puede compaginar esta creciente responsabilidad pública con la necesidad de que el deporte siga siendo vida social espontánea, con el carácter privado que caracteriza la conducta deportiva?

Si se analiza el presupuesto económico del Consejo Superior de Deportes, en España, aparece claro que en medio del multifacetismo de nuestro deporte, las federaciones deportivas ocupan la atención principal. Son, por tradición y por concordancia con las específicas instancias deportivas internacionales, los órganos característicos del deporte. Pero no son los únicos.

Cada federación tiene la competencia en el ámbito estatal sobre el deporte del que sea titular (art. 14 de la Ley General de la Cultura Física y el Deporte). Tradicionalmente, a lo largo de este siglo, ha sido incumbencia de cada federación desde la promoción de su deporte hasta la alta representatividad nacional en competiciones internacionales, pasando

por la organización y control técnico de las competiciones locales, provinciales, regionales, en sus distintos niveles y categorías (infantiles, juveniles, junior, senior, masculinas, femeninas, etc.). Las federaciones también han realizado, con eficacia desigual, la formación de sus propios técnicos y directivos; son entidades privadas, con plena soberanía en estos menesteres, soberanía depositada en las respectivas asambleas.

Pero hoy, tras las grandes transformaciones habidas en el deporte, la alta competición ya no es mera consecuencia de la práctica y competición deportiva a otros niveles. La significación que adquiere esta alta competición a nivel internacional rebasa con mucho lo meramente deportivo. Los medios que se necesitan para organizar y desarrollar una digna confrontación deportiva internacional (técnicos, científicos, logísticos, recursos económicos, etc.) superan ampliamente las posibilidades de los entes privados. El deporte de alta competición exige la participación de los poderes públicos.

Esta participación no puede circunscribirse a simples ayudas económicas. Si éstas constituyen aportaciones regulares, es necesario instrumentar sistemas de control, inspección y, todavía más importante, de aplicación de criterios con respecto al deporte en general, lo cual no es acorde con las características propias de asociaciones privadas y monodeportivas.

La otra esfera en la que se manifiesta el conflicto entre la acción de los poderes públicos y el carácter privado de los entes federativos es la promoción deportiva, y, más aún, la facilitación a todo ciudadano de la posibilidad de hacer deporte.

Conocidas y aceptadas las capacidades del deporte en cuanto acción educativa y como conducta de ocio, su práctica y organización ya no se reducen a la voluntaria asociación en grupos sociales y al posterior encuadramiento de dichos grupos (clubs) en federaciones. Hoy la generalización de esta práctica, la facilitación de medios para que el deporte llegue a ser una disponibilidad al alcance de todos, va mucho más allá de un voluntario asociacionismo social. Hoy es una de las grandes prioridades sociales; por consiguiente es una obligación de los poderes públicos. Puede seguir estructurado por asociación voluntaria de quienes quieran practicarlo. Pueden seguir existiendo, deben seguir existiendo, las federaciones deportivas. Pero el desarrollo básico del deporte es tarea total de la sociedad y de los poderes públicos.

No se puede establecer artificialmente la distinción entre “deporte en general” y tal o cual modalidad técnico-deportiva determinada. Cada modalidad técnico-deportiva es incumbencia de la federación respectiva; así está reconocido por la ley. Pero no con carácter de exclusividad. Tal o cual deporte puede ser practicado, incluso organizado y desarrollado, al margen de las federaciones. Cualquier iniciativa social ha de respetarse en este sentido. Cualquier iniciativa pública, no sólo debe respetarse, sino que en muchos casos debe exigirse.

El deporte no se practica en abstracto, sino en concreto. Se juega al tenis, al fútbol, al baloncesto, se nada, se esquía. No se practica todo ello de una manera difusa –he aquí el riesgo de un mal entendimiento del “deporte para todos”–, sino que se practica cada una de estas formas con precisión técnica. La promoción del deporte, la práctica del deporte como ocio, recreación, no va asociada necesariamente a una ignorancia técnica, sino al

contrario, tanto mejor y más fruitivamente se realiza cuanto con mayor economía técnica se ejecute.

De esto se desprenden algunas consecuencias: los pedagogos y técnicos encargados de estas promociones deportivas no han de ser necesariamente formados en las escuelas federativas. Estas no están capacitadas, ni por medios ni por estructura, para una gran acción pedagógica popular. Pueden ser aprovechados para estas acciones los técnicos federativos, pero contratados desde otras instancias. No recaerá sobre la federación esta obligatoriedad educativa. Los poderes públicos, desde el Estado al Municipio, deberán aprovechar las iniciativas privadas que surjan; deberán retener parte importante de sus fondos para ellas, pero su acción no debe quedar en esta ayuda.

La acción pedagógico-deportiva de los poderes públicos debe concentrarse, sobre todo, en la formación de pedagogos deportivos. Tanto en los Institutos de Educación Física como en las Escuelas Universitarias de Magisterio deben volverse todos los medios posibles, en recursos económicos, y en la cualificación y status social del respectivo profesorado. En lo que concierne a las Escuelas de Magisterio sobre todo, la acción ha de coordinarse con el Ministerio de Educación y Ciencia y Consejerías de Educación, con la Universidad y con las demás instancias público-educacionables. Todo ello implica un profundo cambio en la mentalidad educativa, lo cual plantea nuevos y apasionantes problemas culturales, que rebasan los propósitos presentes.

Esta acción de base debe estar apoyada por un sistema coherente y exigente de investigación. Como ésta resulta muy costosa, no se pueden pedir resultados serios a las privadas instancia federativas. Es urgencia de los poderes públicos, principalmente de los estatales. La iniciativa privada también aquí debe ser conocida y fuertemente apoyada. Pero la tarea es tan amplia y compleja que no debe ser acometida sin una planificación completa y a largo alcance.

Los esfuerzos aislados que desde una u otra federación se realizan actualmente se ven desperdiciados por la atomización, por la repetición simultánea de análogos cometidos y por la falta de plan general.

Resumiendo, he aquí algunas evidencias:

- El deporte federado, tanto por reconocimiento legal como por realidad social y por exigencia internacional “de facto”, es la forma específica más representativa del deporte de nuestro tiempo.
- Dada la evolución que éste ha alcanzado y la nueva significación que hoy ha adquirido, el deporte es mucho más que el deporte federado.
- Los poderes públicos, no sólo por requerimiento constitucional (art. 43 y 148 de la Constitución) sino porque la realidad social lo demanda, deben intervenir en la promoción y potenciación de este hecho.
- Tanto para el desarrollo del deporte en su base popular cuanto para su organización y apoyo a escala internacional, los esquemas federativos han quedado obsoletos.
- Subsiste como inmenso campo de competencia federativa: la organización y control de las competiciones a niveles locales, provinciales, territoriales, regionales e incluso nacional. En este último reaparece la acción pública directa, cuya incumbencia debe

incrementarse notablemente en la representación internacional, al menos cuando se trate de los equipos distintivos de la nación.

- Se hace urgente la búsqueda de fórmulas con las que se coordine eficazmente la acción de estas dos instancias fundamentales: la específica privada (federativa) y la pública.

A partir de este somerísimo análisis de una realidad sociodeportiva se ha ido accediendo a planteamientos referentes a varios temas: el legislativo e institucional, el organizativo, el educativo, el técnico, etc.

Con respecto al primero, a partir de planteamientos de este tipo se pueden conjugar los métodos habituales (legislación comparada, proceso legislativo autónomo, etc.) con los originales que se puedan derivar del análisis de la realidad antropológica. Esta segunda visión puede ayudar a mejorar la primera y, en algunos casos, podrá requerir prioridad.

Lo mismo podría decirse respecto al tema educativo. A los estudios habituales sobre valores pedagógicos del deporte, las consideraciones transculturales con la puesta al día de los roles del deporte en el hombre y en la sociedad de hoy se pueden avizorar nuevos horizontes. El educador deportivo especializado dispone entonces de materiales para ensayar nuevos métodos y adaptaciones, o para confirmarse en los tradicionales con más convicción.

### **Consecuencias exigentes**

Con el presente apunte, tosco y someramente esbozado, puesto que la envergadura del tema exige argumentaciones progresivas y muy maduras, se ha pretendido sugerir el siguiente proceso:

- La conducta deportiva y la realidad social deportiva son realidades de enorme singularidad.

- Hasta ahora los estudios científicos y culturales dedicados al deporte no han pasado de ser, en su inmensa mayoría, aplicaciones a este hecho de las distintas ciencias o disciplinas culturales con el empleo de metodologías ya establecidas desde exploraciones de otras realidades.

- Conviene intentar un replanteamiento del estudio del deporte.

- El primer paso sería un análisis transcultural y pluridisciplinar que intentase una comprensión global del deporte como realidad humana y social.

- De los hallazgos que se tuviesen posiblemente surgirían nuevas opciones de investigación; quizá se pudiese hablar de una ciencia del deporte, tal como hace años intuyeron los estudiosos germánicos, pero con mayor actualización de datos antropológicos y sociales que los que ellos poseían.

- Al descubrimiento de este canal científico, de esta "ciencia del deporte" no se puede llegar sólo desde la especialización del técnico deportivo o del profesional en educación por el movimiento o educación física. La pretensión, que existe en algunos sectores de estos profesionales, de que se puede acceder a una ciencia autóctona desde la propia especialización científica (que hoy por hoy es sólo erudición superficial de diversas

materias conglomeradas alrededor de la actividad físico-deportiva) abocaría a un suicidio científico y cultural.

- El descubrimiento de la posible originalidad científica y cultural de este mundo de conductas humanas y sociales sólo podrá llegar desde esa visión pluridisciplinar a la que se ha aludido.

Yendo al paño: temas como “sistemas de entrenamiento deportivo (o teoría del entrenamiento deportivo)”, “educación psicomotriz (psicomotricidad)”, “desarrollo motor”, “enseñanza del movimiento”, “estudio de la condición biológica (o “aptitud física)”, “análisis de la enseñanza deportiva”, “pedagogía del deporte”, “biomecánica del movimiento deportivo”, y otras materias hoy englobadas en los planes específicos de formación de especialistas en educación física y ciencias del deporte, no pueden aislarse en áreas ajenas a la psicología deportiva, a la sociología deportiva, a la antropología del “homo ludens”, a la teoría o filosofía del deporte.

Aquellas deben servir para revitalizar estas últimas; y éstas, a su vez, deben oxigenar y enriquecer la serie de nuevos contenidos técnicos realmente constitutivos de la ciencia del movimiento o de la ciencia del deporte que han ido surgiendo en la últimas décadas, muchas veces sin el rigor de la tradición científica y cultural, y tendentes a un aislacionismo y desconocimiento de lo mucho que acerca del hecho deportivo humano pueden dictar las otras ciencias.

La psicología, sociología, antropología, teoría, filosofía del deporte deben esforzarse por hallar precisamente en el hecho deportivo no sólo temas nuevos, sino tratamientos originales que enriquezcan el corpus científico de las propias ciencias y aporten con su actualidad aires renovadores.

Prestigiosas instituciones dedicadas al estudio e investigación del deporte, tales como el Instituto de Investigación de la Cultura Física de Moscú, la Escuela Superior de Cultura Física de Leipzig, el Instituto Federal de Ciencia del Deporte de Colonia, ciertos departamentos de Educación Física de universidades americanas, etc., coinciden en confesar ciertas perplejidades derivadas de las clasificaciones científicas vigentes. Hay desorientación y, como consecuencia, excesiva disparidad de sistemas, no suficientemente compensada a pesar de los esfuerzos de evolución y adaptación. Por ejemplo, el Instituto Federal de Colonia, en los 10 años de su existencia, ha realizado positiva evolución. En la rama de Investigación científica comenzó, en 1971, con los apartados 1. Pedagogía y enseñanza del entrenamiento. 2. Medicina. 3. Psicología y Sociología y 4. Enseñanza del movimiento (“*BBewegungslehre*”), que podría equivaler al aprendizaje motor, psicomotricidad, etc. Hoy se ha ensanchado a siete grandes áreas: 1. Medicina. 2. Pedagogía. 3. Pedagogía/Biología. 4. Psicología. 5. Sociología. 6. Enseñanza del entrenamiento (“*Trainingslehre*”). 7. Enseñanza del movimiento (o “Pedagogía del movimiento”, “aprendizaje motor”, “psicomotricidad”, “*Bewegungslehre*”). Como se ve, la Pedagogía y la Enseñanza del entrenamiento se han independizado. Igualmente la Psicología y la sociología. Aparece un área nueva: Pedagogía/Biología. No hay espacio en la presente exposición para entrar en detalles acerca de esta novedad; es exponente de la necesidad, nacida de la singular realidad del movimiento y su trascendencia pedagógica, de consideración interdisciplinar del fenómeno que estudiamos. La



separación entre Psicología y Sociología podría parecer lo contrario. No lo es exactamente. Sin embargo los propios responsables del Instituto reconocen la necesidad, cada vez mayor, de investigaciones interdisciplinares.

Cada vez hay más estudios de materias que podrían englobarse en la denominación de “ciencias del hombre”. Aumentan los de ciencias de la conducta, sociales, históricas, jurídicas, y, desde luego, los temas específicos del hecho deportivo, como “deporte de alta competición”, que requieren convergencia de la psicología, sociología, sistemas de entrenamiento, aprendizaje motor, didáctica, etc.; o el agudo problema de los “niños campeones”, que obliga también al mancomunado esfuerzo psicológico, sociológico, pedagógico, técnico-deportivo; o el planteamiento concreto de un “deporte para todos”, tarea tanto de sociólogos y administradores como de psicólogos, pedagogos, higienistas, educadores deportivos, etc.; o el incremento que los responsables de la política deportiva están exigiendo en cuanto a “Prospección de talentos deportivos”, igualmente adjudicable a la psicología, sociología, condición biológica, sistemas de entrenamiento, aprendizaje motor, etc. La llamada que el eminente filósofo H. Lenk hace más de 10 años a la filosofía como último y coherente tratamiento de este macrocliente que llamamos deporte y su inserción y esclarecimiento dentro de un sistema general de interpretaciones del hombre, se hace cada vez más urgente. “Las observaciones precedentes sobre las actuales interpretaciones filosófico-sociales del deporte demuestran hasta que punto son necesarios un análisis y una interpretación filosófica del fenómeno deporte, cada vez más importante en volumen y en influencia social. (1971)).

Junto a los “homo-económico”, “aestheticus”, “religiosus”, “theoreticus”, diagnosticados hace años por Spranger como primordiales valoraciones de vida, aptos para clasificación tipológica, pero realidades existentes todas ellas en el hombre, y como subespecie floreciente del egregio “homo ludens” de Huizinga, hoy cabría hablar, con todas sus consecuencias culturales, del “homo deportivus”; no sólo el hombre que hace deporte, sino la dimensión humana, la capacidad humana de hacer deporte, de vivir deportivamente, de organizarse deportivamente, de sufrir deportivamente, de superarse deportivamente, de apasionarse deportivamente, de pelear deportivamente, también de llegar, no tanto deportiva, sino antideportivamente a tantas desmesuras.

Pero el descubrimiento y evaluación de este “homo deportivus” hasta los diagnósticos metódicos de las grandes mareas deportivas de nuestro tiempo, o de las peculiaridades personales del competidor o del “joggingista”, existe una amplia tarea de dimensión transcultural de la que podrán extraerse sustanciosas y oportunos resultados.